

Fascículo 3

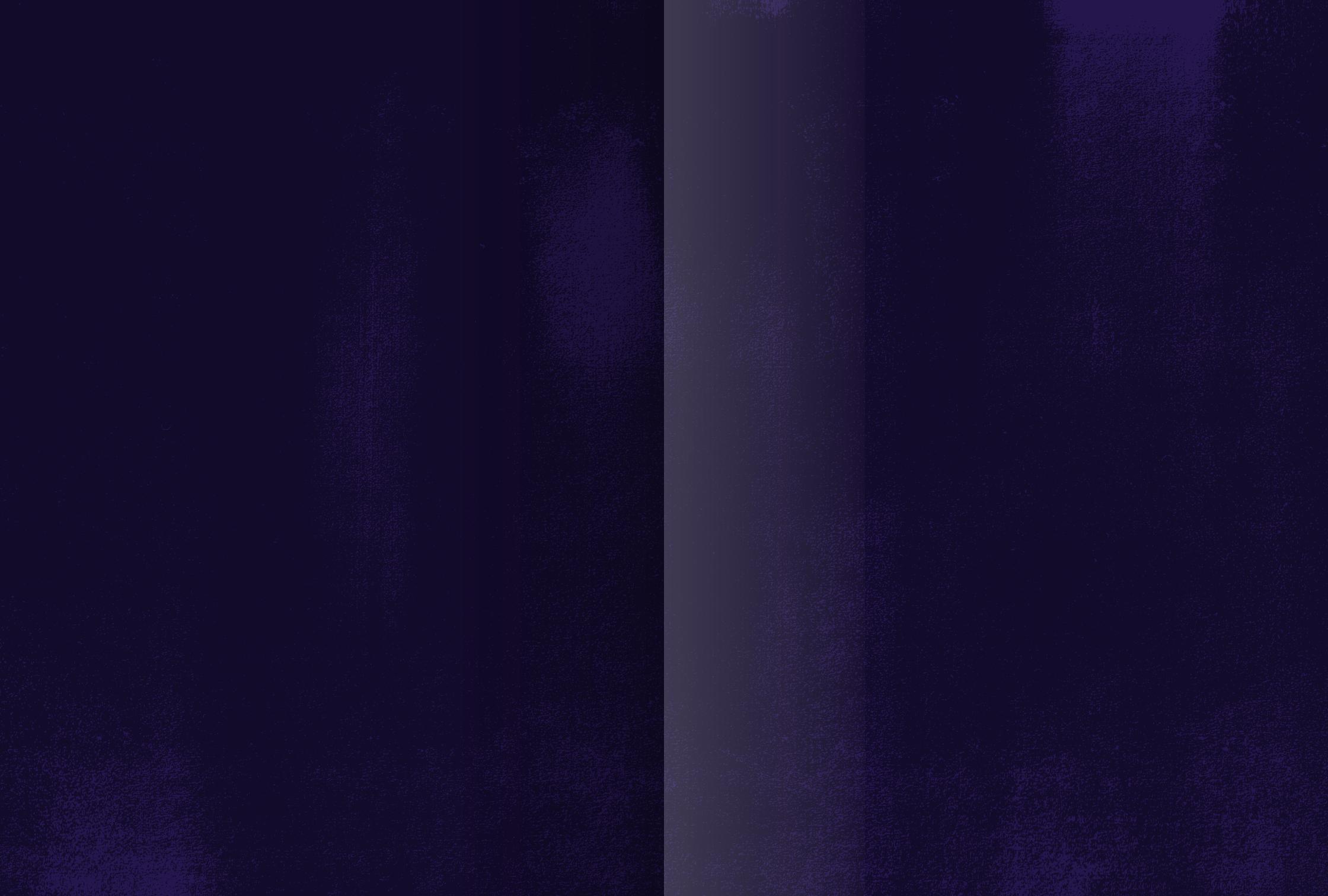
Escribirte
en la **memoria**
Historia

Michel Campero

*Por Lorena Panzerini
Ilustrado por Darío Arce*



**museo de la
memoria**
ROSARIO | ARGENTINA



Intendenta
Mónica Fein

Secretario de Cultura y Educación
Guillermo Ríos

Directora Museo de la Memoria
Viviana Nardoni

Coordinación del proyecto:
Leandro Bartolomeo

Texto:
Lorena Panzerini

Ilustraciones:
Darío Ares

Diseño y diagramación:
Hilen Godoy

Corrección:
Julia Enriquez

Rosario, junio de 2019.

Escribirte *en la* **Historia**

Por Lorena Panzerini
Ilustrado por Darío Ares





La propuesta del **Museo de la Memoria** es arrancarle un nombre a la cifra para poder recortar una historia de la estadística. Habilitar un contradecir para hacer lugar al (otro) relato, ese que desnaturaliza los modos de dar muerte, al tiempo que habla de un andar vital, escurridizo. Se busca inventar la ocasión para volver a contar lo que aquí se cuenta por primera vez: una historia, que es todas las historias, las que andan por los caminos que llevan, tal vez, al encuentro con un lector.

Escribirte en la Historia

3

**Michel
Campero**

Fascículo 3

su familia lo buscó por todos lados.

—¿Adónde vas, hijo?

—Ahora vuelvo así comemos —le respondió Michel Campero a su mamá, antes de bajar las escaleras.

En la vereda, se cruzó con otros familiares.

—¿Querían que pase las Fiestas con ustedes? Bueno, ya está... —les dijo.

Ya era de noche, el lunes 6 de enero de 2014, cuando Michel sacó la Honda Fan del garaje de la casa de su madrina, la prendió y aceleró por calle Medrano. Como no volvía, su familia lo buscó por todos lados. Consultaron en comisarías y hospitales. Nadie sabía nada. A media mañana del martes,

una llamada que recibió la madrina del chico dejó a todos desolados.

La cuadra de Valle Hermoso al 1500, en pleno barrio La Cerámica, es un fuego cuando el sol de febrero pega sobre las casitas de material. Ninguna se parece a la otra. En esas calles todavía hay marcas de la adolescencia de Michel. Están en los postes de luz pintados de rojo y negro y en paredes castigadas por el paso del tiempo. A pocas cuadras de su casa, en el límite de una canchita de fútbol donde el segundo sábado de marzo la tarde se presta fresca para un picadito, una pared tiene su nombre y el de otros pibes del barrio. En Medrano y Caliqueo también hubo una pintada. Emanuel, amigo de Michel, vive enfrente. Mientras recorre con el dedo índice las letras borroneadas

Casi todos están en cana,

en el ladrillo, cuenta que el barrio no es como antes, cuando se juntaban más de veinte chicos en la esquina. Ahora, “casi todos están en cana, o ya no están”, lamenta.

En la planta alta de Valle Hermoso, apenas pasando Medrano, Marisabel Bauer conserva cada espacio como estaba hace cinco años. Las fotos familiares desbordan cuatro marcos sobre una pared del living. Un par de cortinas negras se mueven con la brisa caliente que entra desde la esquina, mientras Canob sacude la cola y salta cuando llegan visitas. Heredó el nombre del perfil de Facebook de Michel, por su fanatismo con el club del Parque. Arriba del sillón rojo de dos cuerpos otra cortina transparente la bandera que la mujer lleva a cada reclamo de justicia desde que su vida cambió. Tiene una frase estampada: “Dicen que por muy corto que sea el camino, quien pisa fuerte deja huellas”.

Para Marisabel, ningún día se parece al anterior. Hoy dice que en el camino de búsqueda del saber hacer, se fortaleció. Recuerda que en octubre de 2018 acompañó a Laura, la mamá de Brandon Cardozo, durante el juicio al policía que abatió a su hijo en 2016 y desde afuera del Centro de Justicia Penal vio entrar a una mujer que conocía. Un adolescente la llevaba a la rastra; imaginó que era su nieto. La vio deteriorada, con el cuerpo torcido. Cristina era esposa de un amigo de su marido, en los 90. Cuando la mujer salió del Tribunal, ella se acercó a saludarla.

están
ya no

—¿Te enteraste, Flaca? Me mataron a mi Mariano...
—la sorprendió.

Marisabel la abrazó.

—Acá hay dos caminos posibles, Cristina: la luchas o te morís... Cuando nos matan a nuestros hijos no tenemos más opciones —le respondió. La mujer la miró, desgarrada, y Marisabel le recordó que tampoco supo qué hacer cuando le tocó. Entonces cayó en la cuenta de que Cristina empezaba a transitar su mismo dolor. Un camino que fue descubriendo sola. “Pensé que me iba a morir en el intento”, reflexiona sobre ese logro. E
n

El personal, que también es colectivo.

Dicen que por muy corto que sea el camino, quien pisa fuerte deja huellas



Marisabel tiene 44 años. Nació en Rosario y se crió en La Cerámica, al norte de la ciudad, cerca del río Paraná. Su madre, Isabel, fue el pilar de su vida. “Fue una mujer muy trabajadora, la que nos enseñó todo”, le reconoce.

“Era muy trabajadora,
la que nos enseñó todo”, le reconoce.

En tercer año dejó la escuela. Quería tener su plata. “Mi mamá nos crió bien, pero a mí me gustaba trabajar. Iba con mi madrina a limpiar un chalet en la zona del río y ella me daba una parte de lo que ganaba”, recuerda.

Tenía apenas 14 años cuando conoció a Ramón Campero, en El Chiquero, como le decían al baile que estaba en la zona de Rondeau y Superí. El Flaco tenía 27 años, un metro noventa y el pelo enlulado. “Era muy lindo”, describe, como si lo estuviera viendo. “Yo estaba medio de novia; él me miró y me invitó a salir. Dijo que me quería para él, que yo era muy linda”. Pero, no fue fácil. “Mi mamá era de las que no quería que dijeran que yo andaba con alguien más grande. Me dieron varias palizas por estar de novia con el Flaco. Fue una batalla”. Se casaron el 9 de noviembre de 1989.

Ramón era camionero y trabajaba para el Mercado de Fisherton. En los primeros años de casados, solían viajar al Norte a buscar cítricos. Era como una luna de miel.

Qué bronca esos dos giles de mierda, mami, nos dejaron más solos

El 12 de octubre de 1992 nació Josué, en el Sanatorio de la Mujer. Ese mismo día, Marisabel cumplía los 18. Con el bebé, Ramón ya no quiso que ella trabajara. Quería salir a comer y llevarla a bailar. Cuenta que la tenía “como a una reina”.

Tres años después llegó Michel, pero la alegría de haber agrandado la familia se esfumó cuando el bebé tenía 45 días. “Estábamos en un cumpleaños de 15 y se había cortado la luz en el barrio. Habían quedado las casas solas; todos vivíamos en la misma cuadra. El Flaco quería ir a ver si estaba todo bien. Yo le dije que no, que hacía mucho frío. Esperé un rato y me dijo que estaba preocupado, que ya venía”. El velocímetro de la moto se clavó en 130. El perito dijo que tiene que haber ido a más de 160. Un taxi lo chocó, en Ricardo Núñez y Varela. Murió a las 48 horas, en el viejo Heca, el 1 de agosto de 1995.

Aquella fue su primera caída en la cama. Tenía 21 años y dos hijos por criar. Ramón era el amor de su vida. Fueron sus padres quienes la animaron a salir adelante. Vendió ropa para unos amigos hasta que su mamá le sacó un crédito y fueron a comprar prendas a Buenos Aires, para vender por su cuenta. Fueron años duros, en los que pasó por varios trabajos. Siempre pudo pagar el alquiler cerca de la casa de su madre, que la ayudó en cada paso.

Juntas tuvieron que soportar otro golpe, dos años después. Claudio, el hermano mayor de Marisabel,

tenía problemas con las drogas, el alcohol y los delitos. Recuerda aquella época como una lucha. “Nuestro miedo siempre fue que lo matara la policía, pero le agarró un virus”, lamenta.

Claudio murió el 4 de septiembre de 1997, a los 26 años.

Cuando relata momentos en familia, Marisabel recuerda que su mamá se casó con Daniel en noviembre de 2005, después de estar juntos veintiocho años. “Fue una cosa de locos. Le preguntábamos a Daniel por qué había esperado tanto tiempo, y decía que quería conocer bien a la Negra”, se ríe.

Los padres de Marisabel se separaron cuando ella tenía un año y los dos tuvieron otros hijos. Los de su papá viven en Mar del Plata. El tenerlos lejos la hacía sentir algo de distancia. Cree que por eso nunca quiso tener más hijos, y Michel se lo reprochaba.

—¿Qué querés que haga Michu, si papá murió. Si no, seríamos más —respondía al reclamo. No era un capricho, a Michel le pesaban las pérdidas.

—¡Qué bronca esos dos giles de mierda, mami, nos dejaron más solos!

—¿De quién estás hablando, Michu?

—De mi papá y de mi hermano...

Josué tenía 16, el 9 de enero de 2009, cuando chocó con la moto enfrente de la casa de sus abuelos paternos. Estuvo tres días en terapia intensiva, sin expectativa de sobrevivir. Su muerte devastó a Marisabel. “Siempre que cuento esto digo que fueron tres meses, pero en realidad no sé cuánto tiempo pasó”. Días y noches pasaba tendida en la cama. Fue Michel quien la sacudió, con solo 13 años. “Un día me enfrentó enojado, muy triste. Se paró frente a mí, con las manos en la cintura. Me pidió que viviera por él”.

Marisabel guarda cada frase y la repite con el tono de su hijo. Lo imita, como si se quejara de nuevo. Revive cada palabra, cada gesto. Reconstruye diálogos.

—Yo te entiendo, vos querés morirte porque no tenés más a Josué, pero yo en realidad perdí todo, mamá. Perdí a mi papá, a mi hermano y mejor amigo. Si a vos te pasa algo voy a quedar huérfano —le espetó.

[Redacted]

Fue un cachetazo.

Con el tiempo, pudo volver a trabajar, empezar a construir una casita arriba de la de su madrina e iniciar con Michel una vida de a dos. En verano, iban a visitar a la familia de Mar del Plata, donde él solía

Siempre que cuento esto
digo que fueron tres meses
pero en realidad no sé
cuánto tiempo pasó
tiempo pasó

quedarse más días. Sus tíos Adán y Estrella guardan en el corazón aquellos momentos en la costa, las risas, los asados en familia y las noches de playa.

En tercer año, Michel dejó de ir a la escuela. Su mamá dice que lo sacó antes de que lo echaran.

Las anécdotas de la 540, en Salvat y Varela, todavía la hacen reír. “Iban todos los pibes del barrio, todos se portaban mal, pero siempre me llamaban a mí porque era la única madre que iba. Los chicos saltaban el paredón para salir a la granja a comprar la merienda, o al kiosco a comprar cigarrillos”, recuerda. Creyó que si lo expulsaban no iba a poder entrar a ninguna otra escuela.

Michel era el consentido con la excusa de que no llegó a conocer a su papá. Pero cuando murió Josué se convirtió en el mimado de toda la familia. A los 14, encontró su pasión. “Él era hincha de Boca, pero con Newell’s se viajaba, se iba a la cancha, se hacían cenas. Y se hizo de Newell’s... Un día le dije que no lo dejaba ir a la cancha”, recuerda la madre.

—Hagamos un trato: vos me dejás o yo me escapo
—la convenció.

Marisabel no podía contener la risa con esas salidas. “Le di permiso con la condición de que me avisara apenas llegue. Después, se me hizo de la barra. Hizo el diseño en su habitación. Era su pasión, su locura, escribía las canciones, me volvía

loca cantando. Hasta que me hizo de Newell’s. Era adrenalina lo que tenía”.

Pero, cuando los partidos terminaban, el dolor volvía. En sus cumpleaños, los 17 de junio, Michel iba al cementerio a llevarle dos rosas rojas a su hermano. Se pasaba horas allá. Marisabel se enteró de esas visitas porque un año la familia lo esperaba para festejar y cuando lo vio atravesar la puerta le preguntó furiosa dónde había estado.

—¿Dónde estabas?
—En el nicho de Josué.
—¿Y qué hacías ahí?
—Me quedaba con él.

—Vos sabés que necesito estar con mi hermano también —le contestó.

En el nicho de Josué hay decenas de mensajes. Uno es de 2010: “Te extraño con toda mi alma, Josu”. Se lo escribió Michel.

Esa pérdida llevó a otra. Isabel tenía 58 años, en 2011, cuando murió tras soportar nueve meses un cáncer de intestino. Un médico le dijo a Marisabel que podía ser consecuencia de la tristeza por la muerte de Josué. “Él era su nieto preferido. El primero. Se paraba en el pasillo a esperar que el Gordo llegara a pedirle *tarasca* o un sándwich, pero decía que nunca iba”. Aunque perder a su madre la destruyó, Marisabel no perdió la fortaleza que le reclamó su hijo. Y de algún modo, él se lo agradecía.

Cinco meses estuvo en la seccional 30°, de Superí y Casiano Casas. “Quería decirte feliz cumpleaños, aunque sea feo para los dos”, dice una de las cartas que le escribió a su mamá. Ella las guarda como un tesoro. Todas terminan con un “te amo”. También se lo gritaba cuando ella se iba de las visitas, desgarrada.

Cuando logró juntar los 32.000 pesos que le pedían de fianza, Marisabel se quedó sin un mango. El 18 de diciembre Michel recuperó la libertad y pidió que por primera vez, después de tantas navidades sin Josué, haya un arbolito en su casa.

También pidió vivir con su mamá y con Mailén. Marisabel aceptó cuando él le dijo que amaba a la chica. La pareja dormía en la pieza que da al frente, donde todavía está la cama de dos plazas y una pintada en la cabecera: “Tu amor, mi adicción”, reza, junto al escudo de Newell’s. La convivencia duró apenas un mes. “Fue hasta que me lo mató la policía”, lamenta la madre.

—¿Por qué no lo metieron preso? ¿Por qué se ensañaron? —es la pregunta que hace desde el principio.

Esa noche, Michel intentaba escapar tras robar una moto a dos policías, el comisario inspector Omar Dal Lago y su hijo, Omar Jesús. Ambos estaban de civil, en la vereda de su casa de barrio

Todas terminan con un “te amo”

Los Robles, en Granadero Baigorria. L
e

La familia se enteró recién a la mañana siguiente.

En medio del dolor, la madre busca explicaciones. Cree que la rebeldía de Michel tenía que ver con la pérdida de su hermano, cuando tenía apenas 13. Eran muy compañeros. A los dos les gustaban las motos y se divertían investigando. “A veces no estaba rota, pero la desarmaban igual, para ver cómo era”, se ríe su primo, Leonel, cuando rememora aquellos momentos de los que fue parte, aunque era mucho más chico. Recuerda que Michel cambió cuando murió su hermano. “Antes se reía todo el día por cualquier cosa, después andaba como más pensativo, más serio”, dice. Entre las anécdotas juntos, cuenta que a veces se ponían guantes de boxeo y jugaban a la pelea, y que una vez dijeron que iban al shopping, pero se fueron a la cancha. Al hablar de la vida en el barrio, rememora: “Antes nos juntábamos como cuarenta y salíamos a cazar palomas, a pescar, andar en bici y ahora muchos cambiaron totalmente, pero hay que entenderlos por la vida que tienen. Yo le prometí a Michel que nunca me iba a drogar. Pero muchos empiezan por joda y después no salen más”. También dice que en la zona “es más fácil encontrar un búnker que un kiosco que cargue la Sube”.

Paloma tiene 17 años y todavía sueña con su primo, que también es padrino. “Me decía que lo



el festejo
era con él”

“Para mí
el festejo
era con él”

sulte, que él está bien”, cuenta sobre uno de los últimos. “Él era todo. Nos vio nacer. Era muy cariñoso, me cuidaba, me celaba. Cuando murió su hermano sufrió mucho. Nosotros también, pero su muerte a mí me pegó mucho más”. Era una nena todavía cuando empezó a sufrir ataques de pánico. También se negó a festejar los 15, aunque sus padres ya le habían pagado el salón. “Para mí el festejo era con él”, lamenta.

Los dos lo recuerdan como un “hermano mayor”. Juguetón, divertido, besuquero y consejero.

Marisabel dice que la vida le sacó todo, pero que jamás pensó que perdería a Michel. Todavía guarda tapadas las botellas de *Pronto* que no llegó a tomar. Cada vez que lo visita en el cementerio de Granadero Baigorria prende un cigarrillo y lo deja enganchado en el nicho, como si él lo fumara.

Cuando mataron a Michel, los hermanos de Marisabel viajaron desde Mar del Plata para el sepelio y no quisieron que se quede sola. La convencieron para irse un tiempo con ellos. Mailén la quiso acompañar. De regreso, la piba se quedó a vivir con ella, por un año. “**[REDACTED]**”,
“**[REDACTED]**”, recuerda.

“Un día le dije que era joven, que su vida tenía que seguir”, recuerda.

Marisabel estuvo trece meses casi sin poder salir de la cama. Cada día era un calvario. Asegura que

le planteó que ella era “la única que podía hacer justicia por Michel; que tenía que [redacted].” [redacted]

buscaba morir. Solía lavarse los dientes en el bidet, porque no se podía enderezar. Cama, cigarrillos, pastillas, mate; cama, cigarrillos, pastillas, mate. Esa rueda fue el refugio cuando no encontraba consuelo. “Tenía los huesos pegados”, describe sobre aquella sensación.

—Necesito que me ayudes a morirme —le rogó a su médico, una mañana que pudo llegar al Hospital Alberdi.

—Dejá de joder, si te querés morir andá a tu casa. Este es el comienzo. ¿Sabés lo que te falta para morirte? Cuando tengas ganas de vivir, vení y hablamos —fue la respuesta.

Lo primero que tuvo que hacer fue un tratamiento para volver a comer. De a bocados, en una comptera, y con medicación para aumentar de peso. La balanza acusaba 45 kilos.

Las fuerzas le venían de a ratos. Una mañana, se levantó decidida a buscar lo que llama “la justicia de Michel”. Hacía tiempo que tenía anotados en un papel el teléfono y la dirección que encontró en internet al buscar “Derechos Humanos”. Se prometió ir al día siguiente. Cuando se despertó, llovía torrencialmente. Se tomó un colectivo y llegó a una oficina que no recuerda bien dónde era, cree que por calle Dorrego, cerca del 200. La atendió un joven cuyo nombre busca en sus anotaciones, pero no encuentra. “Cuando empecé a hablar del caso de mi hijo me di cuenta de que él sabía más

que yo y le pregunté si era familiar de los Dal Lago. Pero, me dijo que no, que conocía el caso”. La derivaron al Centro de Asistencia Judicial (CAJ). “La provincia me puso un auto y él me acompañó”, recuerda.

En la primera entrevista le asignaron un número de legajo: 3348. El expediente llegó al abogado Valentín Hereñú y a Ricardo Lamas, que era subdirector del organismo por esos días y le planteó que ella era “la única que podía hacer justicia por Michel; que tenía que luchar”.

Los últimos cinco años no fueron fáciles para la mujer, pero la transformaron. Hoy dice que el reclamo de justicia contra la violencia institucional que mató a su hijo es lo único que la mantiene con vida. No tiene proyectos. No piensa en el después.

Cuando se inició la causa, ella salió a buscar testigos y muchos vecinos no la quisieron atender.

[redacted]

Pero recuerda que allí alguien le dijo que a su hijo “lo mataron como a un perro”.

Por esos días, se la pasaba en la cama. “Una mañana Ricardo me llamó para que conozca a alguien que me podía acompañar. Era Alejandra Fedele, del Movimiento Evita, que siempre estuvo cuando la necesité”, recuerda sobre los días más duros.

Las personas de las que logró rodearse en el camino por Tribunales y en las movilizaciones la ayudaron a ver más allá, que no está sola, que el recorrido también es colectivo. La lucha contra el gatillo fácil es su manera de mantenerse viva. Dice que es en otros familiares donde encontró refugio. Como un intercambio de fuerzas.

Su llegada a la militancia fue después de años de ir asimilando la pérdida. Lamas le sugirió que buscara acercarse a organizaciones relacionadas con casos como el de Michel. Así conoció la Multisectorial contra la Violencia Institucional, la organización que fue creada en 2017 y nuclea a familiares de víctimas de la policía. Un mes después estaba en la calle, en la primera marcha nacional contra el gatillo fácil en Rosario. El cuerpo le temblaba. Entre sus manos levantaba un cartel amarillo: “A Michel no lo mataron policías en defensa propia, lo asesinaron”.

“A Michel no lo mataron policías en defensa propia, lo asesinaron”, denunciaba.

En esas movilizaciones, la mayoría de los familiares son madres, hermanas, cuñadas, novias, esposas. Mujeres, contra el aparato estatal. “Por ahí me sacaban un rato de la marcha, porque me veían que no estaba bien. Me mejoraba y volvía... En un momento siento que me agarran del brazo y me sacan a un costado. Era Mailén”, se emociona.

Dice que es en otros familiares donde encontró refugio

Seis meses después, empezó a sentir que necesitaba otro aire, que la visibilización del caso de Michel tenía que ser mayor. Con otros familiares armaron *Las voces de los que ya no están* y acompañaron el juicio de Brandon.

Aunque por estos días no está participando activamente con ningún espacio, no cambia su propósito. “Nunca voy a bajar los brazos porque, pese a lo injusta que es la Justicia, tengo que levantarme todos los días para esclarecer la muerte de mi hijo”, reafirma.

En noviembre de 2018, armó una volanteada en la puerta de Tribunales de Balcarce y Pellegrini para exigir que la Corte resuelva el pedido de rechazar el sobreseimiento de uno de los policías. “Quería que sepan que la mamá de Michel estaba esperando una respuesta”, recuerda. La acompañaron miembros de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), que en 2015 presentó una recomendación al juez, en el expediente, y la sostuvo cuando la causa llegó a la Corte provincial. [REDACTED]

“No me quedo más esperando en casa”, reflexiona sobre su cambio.

La noche que lo mataron, Michel salió de su casa un poco antes de la hora de la cena. Marisabel y Mailén lo esperaron, pero no volvía. A la madre se le cruzaron dos cosas por la cabeza: que había chocado o que estaba preso de nuevo. Si era así, prometió que esta vez no lo iba a bancar.

Los familiares que lo cruzaron antes de salir cuentan que decía “ya está”, “como dando a entender algo”, aunque no decía qué pasaba. “Creemos que discutió con la novia”, dicen.

Esa misma noche, el cuñado de Marisabel estaba en el Hospital Eva Perón, de Baigorria, por el parto de su hija. “Cuando la registró como Campero le preguntaron si era algo de un flaquito, un pendejito

Marisabel y Mailén lo esperaron, pero no volvía

que estaba en la morgue, y él se enloqueció”, recuerda Marisabel sobre lo que supo después.

Se enteraron al día siguiente cuando del otro lado del teléfono le contestaron a la madrina de Michel que el chico estaba muerto. Nadie lo podía entender.

Para Valentín Hereñú —querellante del Centro de Asistencia Judicial— no fue fácil encarar la causa por la ansiedad y tristeza en la que estaba sumida Marisabel. Lamas recuerda que “ella estaba dejándose”. Los dos le dijeron que la necesitaban viva para continuar la causa. En ese momento, intervino también la trabajadora social Cecilia Andreucci, para sostenerla.

Según la versión que dieron los agentes, dos muchachos les robaron la moto en Baigorria. Uno de ellos huyó y los dos policías salieron en su auto particular a perseguir a Michel, que iba en la moto robada. En el trayecto, recibió un disparo en el glúteo derecho, que lo atravesó hasta el hombro izquierdo. En el camino de 900 metros, se fue desvaneciendo y chocó contra la parte de atrás de un colectivo. Quedó tendido en el suelo. Ahí le dispararon de nuevo. Según surge de la investigación, “se entiende que no iba mirando hacia atrás, sino apenas inclinado en la moto”, aclara Hereñú para desmentir la versión del enfrentamiento. Acusaron a Michel de haber disparado un arma de juguete. El dermatost test le dio negativo. El relato policial agrega que “ellos se bajaron del auto y Michel se incorporó con un arma en la mano, por

No había "legítima defensa" "legítima defensa"

lo que tiraron de nuevo". No podía estar más indefenso. "Con Valentín fuimos hasta el lugar, y estando ahí nos dimos cuenta que era imposible que hubiera sucedido como decían los policías. No había legítima defensa. Michel iba huyendo de los tiros porque estaba desarmado. Todo indica que fue así", aseguró Lamas.

Hereñú agrega que hasta el momento no hay nada en la causa que indique que los policías hayan dado aviso a la Central del 911, por el hecho de robo. "Es más, hay indicios de que le habrían dicho al colectivo que se vaya, lo que daría cuenta de un manejo de la escena".

La investigación suma que apareció una pistola en un charco de agua en el lugar donde Michel y el otro chico se separaron. Sin embargo, el abogado manifiesta que el hecho de que aparezcan armas de manera llamativa es común en casos de violencia institucional. Lamas agregó que "[redacted]".

"aparece como un mecanismo policial sistemático".

Los dos policías fueron desvinculados en diciembre de 2014 por la entonces jueza Alejandra Rodenas. En la audiencia donde se apeló el sobreseimiento, Hereñú lamentó que solo se escuchó la versión policial.

En 2016, la ex jueza Delia Paleari modificó la situación del padre, que quedó procesado por un delito menos grave: exceso en la legítima defensa.



Rosario =

Escribirte en la Historia es una iniciativa del Centro de Estudios del Museo de la Memoria de Rosario que busca indagar y difundir las consecuencias que produce en las comunidades locales la violencia de Estado en su manifestación más letal. Para lograr este objetivo, el proyecto se compone de tres instancias: la creación de los archivos biográficos de víctimas de la violencia estatal en democracia, la organización y conservación de esa documentación y su posterior transformación en crónicas por parte de periodistas.



museo de la
memoria
ROSARIO | ARGENTINA

Rosario =